
6. Optimismo ante el cambio (2012-2020)

Habíamos perdido la guerra que empezaron nuestros padres contra un ejército de reaccionarios y conservadores que querían todo el poder para los que lo habían ostentado siempre y que imponían no solo la miseria sino también la resignación a los pobres. Nos habíamos rebelado contra la opresión y habíamos reivindicado con nuestra razón y con nuestros sacrificios, los derechos que la reacción nos había arrebatado a lo largo de 40 años de crímenes, de cárcel, de fusilamientos, de dictadura. Pusimos todo nuestro empeño, nuestras capacidades y nuestras experiencias para conseguir un régimen que se aproximara a lo que las armas habían hundido, a pesar de las distancias y a sabiendas de que, de un modo u otro, con otros atributos y con otros nombres, mandarían los de siempre. Nos obligaron a olvidar y a hacer ver que perdonábamos, pero sabíamos que no podíamos olvidar y que tampoco estábamos dispuestos a perdonar si no se acababa con los rescoldos del fascismo. Sufrimos penurias y represalias y en la batalla dejamos muchas heridas abiertas. Se nos acercó gente

que respiraba el mismo aire de libertad pero también algunos que encontraban en el fragor de la lucha resquicios de oportunismo. Hicimos lo que pudimos a lo largo de años, siendo fieles a nosotros mismos y a nuestros ideales de siempre. La vida en realidad es eso: hacer el bien, no pisar, no ser más que otros.

Ochenta años después, aquellas modestísimas semillas de libertad que habíamos heredado de nuestros padres y abuelos, germinaban ahora en las plazas de muchas ciudades, con mensajes que a algunos nos recordaban las fiebres del mayo francés, las revueltas del castrismo, los combates junto al Che Guevara en las selvas bolivianas y mucho más lejos todavía, las revueltas obreras y campesinas del pueblo ruso, las asambleas de los soviets, las colectivizaciones anarquistas, las milicias obreras de los frentes de guerra. Era el pueblo, esta vez no en armas; el pueblo con la palabra y la fuerza de la unidad. Gente joven organizada en una democracia directa, en asambleas permanentes y autogestión, que lanzaba un único mensaje: si queremos, podemos.



Los jóvenes indignados del 15-M en una asamblea multitudinaria en la Plaza del Ajuntament. Fuente: <https://glam-boy69.wordpress.com/category/fotografia/>

Hubo miles de jóvenes acampados en la plaza del Sol de Madrid, en la Plaza Cataluña de Barcelona, en las plazas céntricas de muchos municipios, en un movimiento que se ensanchaba como una mancha de aceite sin límites. Se ganó pacíficamente la calle y esta vez no para convencer, sino para aprender. Como en muchas ciudades medianas y grandes, los jóvenes de nuestra ciudad también acudieron a la llamada a la movilización. Una llamada que no venía de ningún lugar concreto, que nació de la sensación de que era posible otra manera de hacer. Estuve en la plaza del Ayuntamiento invitado por los acampados, hablando de batallitas, pero sintiendo el respeto de la audiencia. Ya no se trataba de dar consejos sino de explicar nuestra experiencia, de explicar el valor intrínseco de la unidad, de considerar sagrado aquello de que la unidad hace la fuerza. Y su contrario tantas veces experimentado en propia piel: que la división debilita hasta la inexistencia.

Cuando empezaba la segunda década del siglo XXI, la ambición desatada del capital financiero, en América y en Europa, volvió a poner al mundo en jaque. En España, la sed de riqueza de los especuladores del suelo habían convertido el sector de la construcción en la cueva de Alí Babá. Se compraba por veinte y se vendía por cuarenta a los quince días y ese

es un sistema que no resiste ninguna cordura. Los ayuntamientos liberaron suelo, dieron facilidades inmensas a los constructores porque las licencias de construcción era una fuente de ingresos inacabable y las ciudades se convirtieron en enjambres donde cada vez era más difícil vivir. Todo el mundo ganaba dinero, compraba y se endeudaba sin freno, hasta que los mismos que dejaron dinero a espaldas y sin control, cerraron los grifos y exigieron que se les pagara. Las empresas cerraban, el paro aumentaba sin cesar y la gente no tenía dinero más que para comer y todavía. Se quedaron sin pagar muchas facturas de agua, de gas y de electricidad y los que habían comprado a crédito, con hipotecas a 50 años para poder vivir con la mínima dignidad, vieron que era imposible pagar. No hubo una revuelta social porque la gente perdió la fe en su fuerza colectiva. Porque la modernidad, si para algo ha servido, ha sido para vacunarnos contra la injusticia. A los que vivimos los años de la Transición, nos cuesta entender cómo la gente ha ido acumulando tantas tragaderas. Cómo ha sido capaz de almacenar tanta paciencia.

Como era de prever, los gobiernos se pusieron del lado de los de siempre. La Unión Europea que se nos vendió como una unión solidaria para el desarrollo de los pueblos se vio muy pronto que era un consorcio de mer-



Nuevas formas de lucha: a la izquierda, convocatoria contra el Plan de Urbanismo que quiere edificar nuevos rascacielos en la Gran Vía y a la derecha, los activistas de la PAH (Plataforma Anti Hipoteca) protestando ante las puertas del Ayuntamiento por uno más de los miles de desahucios que tuvieron lugar en estos años

caderes: libertad de circulación de los capitales y fronteras impenetrables para las personas. En lugar de liberar recursos para que la gente se pudiera rehacer, se dictaron normas para apretarse los cinturones porque "habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades". Al pueblo siempre se le reprocha que vive por encima de sus posibilidades porque los privilegiados no entienden que las posibilidades debieran ser compartidas y no para ellos en exclusiva. Se impuso la política de la austeridad para la mayoría y la del despilfarro para los que tienen de sobra y los Estados se vieron en el triste papel de reprimir a sus propios ciudadanos limitándoles los recursos y empobreciéndolos cada vez más.

Los demócratas empezaron a pensar que alguien estaba secuestrando al sistema y empezaron a surgir voces que reclamaban otra democracia más participativa, igualitaria y justa, que permitiera un mayor reparto de la riqueza y la creación de una sociedad más armónica e igualitaria. Y por lo tanto más justa y más libre. De ese espíritu se llenaron las calles para proclamar a los cuatro vientos democracia real ya, un sistema representativo más directo y participativo y un Estado al servicio de

todos los ciudadanos, especialmente de los más vulnerables y no de los más poderosos.

Era un movimiento de jóvenes, de los más jóvenes de la sociedad, que los viejos mirábamos no solo con atención, también con sorpresa y admiración. Estábamos a su lado porque su asamblearismo nos recordaba nuestros antiguos esquemas de funcionamiento, aunque su tolerancia nos resultara muchísimo más grata que nuestra acrítica disciplina militante. Después de tantas décadas de pequeñas derrotas cotidianas, sus sueños se estaban convirtiendo en nuestras esperanzas. En l'Hospitalet, la acampada se centralizó en la plaza del Ayuntamiento pero hubo también un conato de descentralización por barrios, en Collblanc, en La Florida, en Bellvitge. En mi barrio, en septiembre de ese año se llegó a organizar una cosa que pomposamente se llamó Universidad Indignada del 15-M, con charlas sobre sanidad, sobre trabajo, sociedad y política, sobre educación, sobre vivienda. Para hablar de este último tema y de los acuciantes problemas de los desahucios que empezaban a resultar escandalosamente dolorosos, vinieron dos activistas de las recién creadas Plataformas de Afectados por la Hipo-



Una de las iniciativas locales de los indignados del 15-M

teca (PAH). Una de ellas, Ada Colau, iba ser unos cuantos años más tarde una inusitada alcaldesa de Barcelona.

Por esos mismos días, Arcadi Oliveras y otros representantes de organismos diversos, debatieron en el Barradas de la Rambla, acerca de si ese movimiento espontáneo era, o no era, un síntoma de la renovación del mensaje de izquierdas. La conclusión fue que era una amalgama de propuestas, de posiciones, de culturas políticas diversas... algo nuevo que podía trascender el voluntarismo de los primeros encuentros o diluirse en la espontaneidad de la protesta. Un año después del 15-M proseguía el espíritu y en muchos casos una organización descentralizada con posibilidades de incidir sobre diversos colectivos: las plataformas anti-hipoteca, las mareas de la sanidad, de la educación, los iaioflautas...

La lucha continuaba por múltiples caminos. La izquierda se había convertido en una cosa muchísimo más plural, muchísimo más abierta, muchísimo más fluida. Y entonces apareció Podemos. Es igual, si como dicen, la idea de participar en política surgió de un grupo de profesores universitarios de la Complutense de Madrid. Lo cierto es que surgía

como consecuencia de la agitación social en las plazas del 15-M y la necesidad de ir más allá, de organizarse para que las ideas de los indignados influyeran en la política. Cuando nosotros nos empezábamos a organizar, allá por los 60 del siglo pasado, lo que nos impedía ampliar nuestra base de resistentes, no era el desconcerto, era la represión. Teníamos muy claro hacia donde debíamos ir. A veces pienso que tener eso tan claro también nos hizo cometer muchos errores que seguramente los indignados del siglo XXI no cometerán. O no deberían cometer. Por aquellos años teníamos un enemigo muy evidente, la dictadura, y un mensaje muy definido, echarla abajo para levantar la República de nuestros padres que habían destruido por la fuerza de las armas de los fascistas. Se trataba de una lucha entre el fascismo y la democracia, y nosotros estábamos del lado de los demócratas. Queríamos, además, una sociedad sin clases y por eso éramos comunistas. Y éramos los únicos que queríamos una sociedad sin clases con referentes precisos que ya habían puesto en marcha la experiencia, porque los anarquistas, que también querían una sociedad sin clases, no tenían ejemplo alguno que explicara en la práctica

El entusiasmo siempre permanente de Jaume Valls por aprender

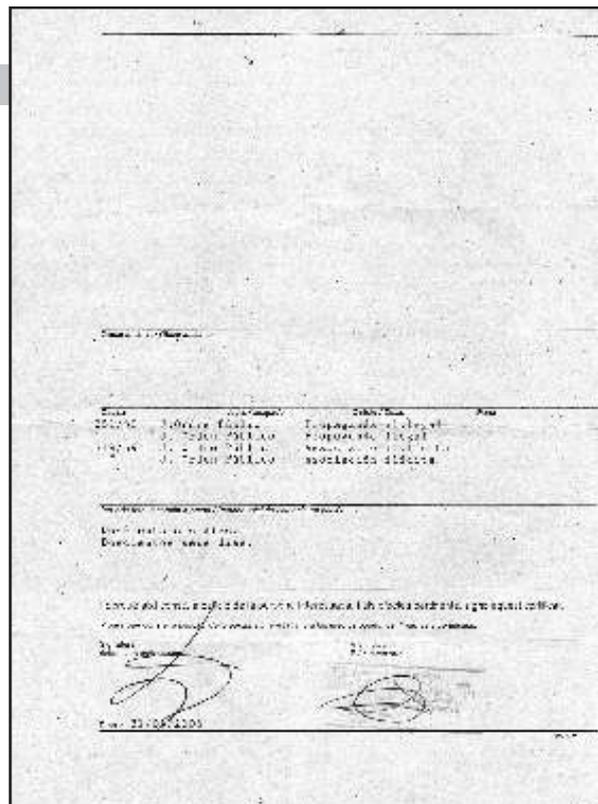
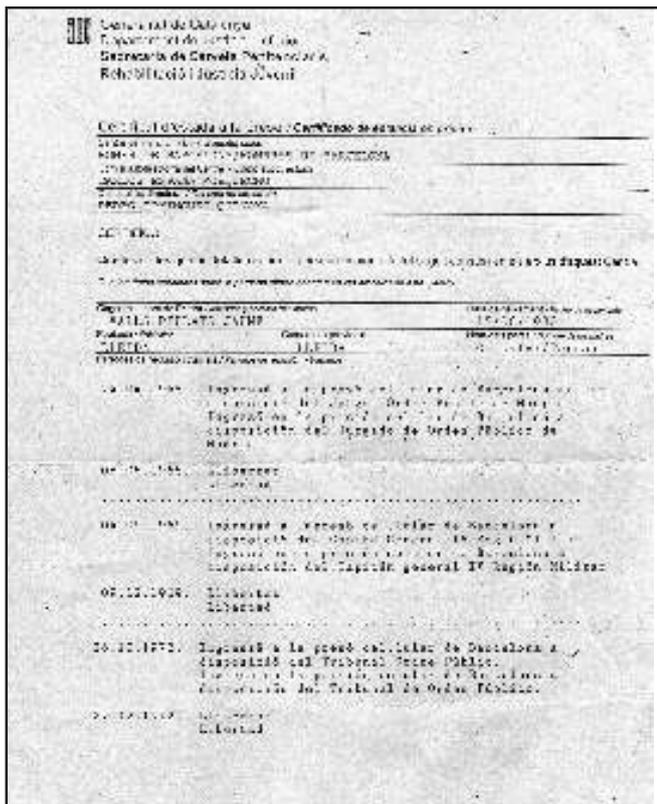


sus teorías y los socialistas no estaba demasiado claro, con sus contradicciones interiores, que quisieran una sociedad sin clases o una sociedad con clases mejor repartida. Así que lo teníamos todo: un enemigo preciso; una estrategia vencedora: derrocar la dictadura; unas dificultades muy definidas: la represión, y un modelo a seguir: el de la Unión Soviética. Teníamos que organizarnos y para eso sí existían tremendas dificultades, pero lo imprescindible era el coraje y la conciencia y el espíritu de rebelión, algo que el fascismo tenía perfectamente detectado y sobre lo que había actuado con virulencia y constancia: masacrando a los rebeldes y exterminando a los concienciados. El fascismo español, unido al nacionalsocialismo hitleriano y al fascismo de Mussolini, tuvieron siempre un objetivo muy preciso: exterminar físicamente a la disidencia, acabar con el espíritu de rebelión. Por eso en nuestra época eran tan importantes los rebeldes.

Pero si había rebeldes, si había coraje, todo lo demás iba a ir llegando por añadidura. Y llegó. Solo que no lo teníamos todo. Porque si es verdad que teníamos un enemigo, una estrategia y unas dificultades, el modelo a seguir que nos parecía tan claro, pronto se vio que creaba dudas incluso en nuestras propias filas.

Unos lo vieron más pronto que otros. Otros tardaron mucho más y otros no lo acabaron de ver nunca. Y de pronto, el modelo cayó. La Unión Soviética que nos ofrecía el modelo de la sociedad a la que aspirábamos, se disolvió como un puñado de sal en el agua. El siglo XXI nacería sin comunismo en el que fijarse y con las contradicciones del sistema intactas. Seguía habiendo otro enemigo claro: la sociedad capitalista en su fase superior; una estrategia vencedora: hacer política para cambiar la realidad y unas dificultades muy serias: luchar contra la alienación de la sociedad de consumo. Ahora los rebeldes apenas necesitaban coraje, pero precisaban algo tan importante como el coraje entonces: el compromiso social. Y la gente del 15-M si alguna cosa tenía era eso: compromiso para mejorar la realidad. Otra vez, a la conquista de un mundo nuevo.

Podemos representó eso nada más salir. Los viejos rebeldes lo vimos con esperanza, pero esa experiencia ya era cosa de jóvenes. Debíamos ponernos a su lado, pero sin molestar. Y, por primera vez, tuve la sensación de que en ese movimiento podríamos volver a estar todos los que entonces luchábamos contra la dictadura y pudimos traer la democracia.



Certificados de la Administración catalana reconociendo las detenciones por derechos democráticos legítimos

Yo era un jubilado más. Con algo de experiencia en la lucha y en los fracasos. Mientras tuviera fuerzas seguiría apoyando todas las reivindicaciones que me parecieran justas vinieran de donde viniesen —acudí muchas veces, con mis compañeros de vecindario a las concentraciones que se hacían frente a la Residencia de Bellvitge en defensa de la sanidad pública y contra los recortes—, pero ahora seguía siendo imprescindible aprender de nuevo. En la época de internet, de los correos electrónicos y de las webs, aprendí en el grupo Omnia de Bellvitge a manejarme (gracias Cristina) en el mundo fabuloso de la informática. Éramos un grupo de 10 jubilados ávidos por dominar la técnica y yo, en cuanto pude, abrí un blog que tenía un título muy expresivo: "Un niño en la Guerra Civil", en el que, de manera regular iba incluyendo mis memorias de aquellos años.

Dicen, los que saben de esto, que con los años recordamos mucho mejor aquello que está en el fondo de nuestra memoria de niños, que aquello que nos pasó ayer. A mi me parecía que recordar mi niñez en los años tremendos de la guerra podría dar un poco de luz a lo que se vivía en los pueblos como el mío: un municipio agrícola, lleno de jornaleros sin tierras y con penurias diarias para sacar adelante la familia. Y escribí, escribí muchos capítulos de aquella historia, que me servían para recorrer los episodios de mi vida en la infancia, en la juventud, en los primeros años en que se forjó mi rebeldía. Y tras escribir en el ordenador, cogía el papel y seguía escribiendo. Escribir, se convirtió para mi en un refugio de las interminables tardes de la jubilación. Acostumbrado a no parar quieto un minuto, aquella vida con pocas cosas que hacer, se me hubiera hecho eterna de no haber sido por esa fiebre

que me llegó tan tarde. Escribir, escribir, cada vez con peor letra, con las mismas faltas de ortografía de siempre, pero cada vez con más ganas, con más pasión por explicar cosas. Por explicarme a mi mismo las cosas vividas, las cosas sentidas, las cosas que no escribí entonces y que tanto merecía la pena haber escrito...

Y tras los escritos, la recopilación de los papeles. Los testigos mudos de tantas reuniones, de tantas horas gastadas en ponernos de acuerdo, en decidir acciones, en poner en marcha iniciativas, en discrepar de otros. Tantos energías gastadas que nos han hecho, a pesar de los resultados, vivir intensamente. Tantos camaradas, compañeros y amigos a los que hemos querido, a los que hemos decepcionado, a los que no podrán contarnos entre sus amigos pese a compartir los ideales. A los que lo dieron todo sin pedir nada a cambio. Y

a quienes dieron poco porque casi nada tenían... ni siquiera sentimientos.

De cada cual, según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades. Lo dijeron los padres del anarquismo y lo dijo Marx. Es la síntesis de lo que debe ser un mundo nuevo. A cada uno hay que exigirle lo que puede dar para que cada uno pueda tener lo que necesita. Si todo el mundo diera lo que puede dar, todo el mundo tendría cubiertas sus necesidades. Yo puedo decir que mis necesidades han estado cubiertas. Que tengo todo a lo que podía aspirar: tengo a mi mujer, a mis hijas, a mis nietos, a mi familia, a mis amigos... tengo todavía ideales y sueños. Y pienso que he dado todo lo que he podido según mis capacidades. Todo lo que pude...

Abril, 2020